

LA VIRGEN Y LOS ANGELES

cidente grave. Prusia quiere construir en Kiel una dársena para buques de guerra. Austria se niega a consentirlo. La lucha es inevitable.

Estaba Moltke al frente del ejército prusiano. Su táctica era esta: "quien hiere primero hiere dos veces". Austria no temía la guerra; estaba segura de ser más fuerte que Prusia. No pudo imaginar que Bismarck hubiese buscando un aliado. Creyó sólo pelear en la frontera Norte y se encontró con que Italia lanzó sus tropas hacia la frontera meridional, cumpliendo un tratado secreto que había firmado con Prusia.

Los prusianos se apoderaron del ducado de Holstein, dispersando las escasas guarniciones austriacas, y en quince días ocupan el reino de Sajonia, Hannover y el condado de Hesse-Cassel. Sus 254.000 soldados avanzaban ya victoriosos hacia Viena, mientras Austria no había terminado sus preparativos militares y tenía que dividir sus fuerzas para defenderse de la doble acometida de Prusia y de Italia. Las fuerzas prusianas se habían dividido en tres ejércitos, mandados por el Kronprinz Federico, padre del actual Emperador, por el príncipe Federico Carlos, hermano del rey Guillermo I y por el general Herwarth. Ante la avalancha prusiana, las fuerzas austriacas van retrocediendo hacia Königgratz, donde ambos ejércitos se reúnen y se traba la batalla decisiva que termina con una espantosa derrota de los austriacos. Era el 3 de julio de 1866.

El ejército prusiano, victorioso, avanzaba hacia Viena, pero aunque su aliado italiano había sido vencido por austriacos, advierten entonces las potencias europeas con cuánta razón le pedía ayuda Dinamarca. No era una guerra aquella que podría afectar a las tres naciones que peleaban y a sus pequeñas aliadas de centro europeo. Era el resurgir de Prusia, era el renacimiento de una gran potencia que vendría a disputar a Inglaterra y a Francia el dominio del mundo. Se inició entonces la intervención de Francia a favor de Austria, y Bismarck, viendo en peligro los provechos de aquella rápida campaña, detuvo la marcha de las tropas hacia la capital austriaca y aceptó la paz de Praga. Pocos documentos diplomáticos han tenido una mayor trascendencia en el porvenir de Europa. Austria renunciaba a la hegemonía y dirección de los pueblos teutones y enderezaba hacia el Oriente sus futuras ambiciones. En el espíritu de aquel Tratado renacía el odio de Prusia a Francia y quedaba sembrada la semilla de la nueva guerra. Prusia se engrandecía con los territorios de Hannover, Hesse-Cassel, Nassau, Franciort y Schleswig-Holstein y sobre todo con un gran prestigio moral y militar.

Italia cobró a buen precio la derrota de su general Lamarmora. Es posible que en ninguna otra ocasión de la historia un ejército vencido haya cobrado como vencedor. Se le dió el Veneto y las fortalezas de Mantua, Verona, Legnano y Peschiera.

Había durado la guerra siete semanas. Los pueblos germanos se sintieron llenos de confianza en Prusia y secundaron ciegamente la acción de Bismarck y Moltke. Los cimientos de la Confederación germánica, de la actual Alemania, estaban sólidamente

Durante los ocho días que pasó en el establo de Betlem, María no sufrió demasiado. Los pastores llevaban quesos, frutas, pan y leña para hacer fuego. Sus mujeres y sus hijas se ocupaban del niño y daban a María los cuidados que reclama una mujer que ha dado a luz. Después los Reyes Mayos dejaron una gran cantidad de tapices, telas preciosas, joyas y vasos de oro.

Al fin de la semana, cuando ya pudo caminar, quiso volver a Nazareth, a su casa. Algunos pastores le propusieron acompañarla, pero ella les dijo:

Yo no quiero que dejéis por nosotros vuestros ganados y vuestros campos. Mi hijo nos conducirá.

—Pero dijo José: ¿abandonaremos aquí los presentes de los Magos?

—Si,—dijo María,—puesto que no podemos llevarlos.

—Pero hay en ellos mucho dinero,—dijo José.

—Tanto mejor—dijo María.

Y distribuyó entre los pastores los presentes de los Reyes.

—Pero,—replicó José,—¿no podíamos guardarnos una pequeña parte?

—¿Qué haríamos con ellos?—respondió María. Nosotros tenemos un tesoro mayor.

* * *

Hacia calor en el camino. María tenía al niño en sus brazos; José llevaba un resto de ropa y de algunas modestas provisiones. Hacia el mediodía se detuvieron muy fatigados a la entrada de un bosque.

Inmediatamente, detrás de los árboles aparecieron algunos ángeles. Eran niños sonrosados y mofletudos; tenían sobre la espalda alitas que les permitían volar cuando querían y que el resto del tiempo hacían su marcha ligera y fácil. Eran erguidos y vigorosos, más de lo que hacía suponer su edad tierna y su pequeña talla.

Ofrecieron a los viajeros una botija de agua fresca que habían cogido no se sabe donde.

Cuando la santa familia se volvió o poner en camino, los ángeles la siguieron, desembarazaron a José de su cesto; pero María no quiso confiarles a su hijo.

Cuando llegó la noche, los ángeles dispusieron lechos de musgo bajo un gran sicomoro y toda la noche velaron el sueño de Jesús.

María entró en su casa de Nazareth. Era por una calleja populosa, en una casa blanca de techo plano donde José tenía su taller.

Los ángeles no los habían dejado y continuaban haciéndose útiles de mil maneras. Cuando el niño lloraba, uno de ellos le mecía dulcemente; otros

asentados. Cuatro años más y una hábil diplomacia había borrado los rencores de Austria y la había trocado de adversaria en amiga y cooperadora. Cuatro años más y Francia recibiría el castigo de haberse interpuesto en el camino de Viena.

He aquí, desmedrado Juan Español, la receta de hacer naciones: "Se toma un hombre de fe..."

Dionisio PEREZ.

hacían música con su pequeñas arpas, y cuando era preciso le cambiaban la ropa en un momento. Por la mañana, cuando María se despertaba, ya encontraba su cuarto barrido; después de cada comida, ellos lavaban rápidamente los platos y las escudillas; corrían a enjuagarlos en la fuente vecina y los dejaban reposar en el baúl. Cuando la Virgen iba al lavadero, le llevaban el bulto de ropa, se la distribuían, golpeaban alegremente sobre las telas mojadas, las dejaban secar sobre las piedras y las volvían a llevar a la casa. Y si María, hilando sobre su rueca, se adormecía por el calor, sin despertarla hacían su obra.

No tenían menos atenciones para José; le prestaban sus útiles, los arreglaban después del trabajo, se llevaban las virutas y las atisillas y tenían el taller en un estado de limpieza irreprochable.

Pero como estaba demasiado servida por los ángeles, María no tenía nada que hacer y se enfadó. Una mañana, al levantarse vio a los ángeles ocupados en asear el cuarto. Les quitó la escoba e hizo ademán de perseguirles; ellos se escaparon. Pero a mediodía, después de la comida, como quisieran levantar la mesa, María dio sobre los dedos de uno de ellos un golpecito que puso en fuga a la tropa. Volvieron poco después. En el momento en que se disponía a hilar, un ángel trató de apoderarse de su huso; ella blandió este como si fuese una arma y persiguió al intruso hasta el taller de José. Al cabo de una hora, cuando ella estaba sentada, cerca de su hijo notó que dos ángeles se habían deslizado debajo de la cuna y la mecían, suavemente. Se levantó, los sacó fuera y cerró tan vivamente la puerta, que uno de los ángeles se quedó cogido por la punta de un ala. Lanzó un grito; María lo libertó; pero le dijo:

—Tanto peor para ti, esto te enseñará a no mezclarte en lo que no te interesa; avisa a tus compañeros que no quiero verlos más.

* * *

—Pero, dijo José, ¿por qué arrojas a estos pequeños? Ellos nos proporcionan grande servicios.

—Precisamente por eso,—respondió María.

—Yo no comprendo,—replicó José; puesto que tu hijo es el Mesías, es natural que sea servido por ángeles y que su madre aproveche.

—¡Oh, dijo María, he aquí unas proposiciones sin delicadeza. ¿No sabes tú que el Mesías ha venido al mundo para sufrir con los hombres? y desde luego tiene que experimentar todos los males propios de los niños.

Cierto es que yo debo dulcificar sus sufrimientos tanto como me sea posible, puesto que soy su madre; pero quiero que nadie fuera de mí se encargue de este cuidado.

¿Es que las otras madres no cuidan ellas mismas a sus pequeños? ¡Que infame creatura sería yo si renunciara a mi parte de trabajos maternos! Desde luego estoy segura de que mi hijo prefiere estar cuidado por mí que por esos mocitos alados, y se que me asociaré mejor a su misión redentora penando como las demás mujeres y aceptando toda la condición humana.

(Pasa a la penúltima página).